

LA NAVE DEL OLVIDO

En un pasaje de Herzog, Saul Bellow hace que el protagonista se diga “anda escribe un poema y contálgales tu amargura”. En esa frase hay una poética que sería doloroso si se asume como Herzog: con perfidia; pero que, sin propósitos contaminantes –que es como muchos artistas lo practican–, resulta solo culposa. Esta distinción más propia de la criminología que de la estética, no importa nada a los consumidores de arte. Su sensibilidad personal será más responsable de la estimulación emocional que experimenten que las intenciones –aviesas o no– del artista. Su sensibilidad y, desde luego, la capacidad del autor de expresarse eficazmente.

Roberto Huarcaya demuestra la suya en el trabajo fotográfico sobre el Hospital Larco Herrera que exhibe en la galería de la Municipalidad de Miraflores. Trasmite allí la visión de un segmento del mundo con tanta intensidad que perturba. Por eso es posible evocar la frase de Herzog y sentirse agredido.

¿Por quién? ¿Por el artista y la realidad que descubre? No es fácil hoy encallecidos como estamos por la morbosidad cruenta de los medios, conmoverse con imágenes. Pero las de La nave del olvido –así se llama la muestra– nos cogen mal preparados: allí no aparece la violencia. No es con el horror sino con los desolados extramuros de lo humano con lo que nos enfrentan estas imágenes, con la ruina quieta y sin tiempo de lo vivo.

Hay algo desgarrador en las fotos impecables y sobrias en las que el silencio se hace visible. Después de ver esa exposición, la estela de su nave persiste en los circuitos reverberantes de la memoria, repercute en el corazón y lo ensombrece. Borges dijo que tal vez la belleza fuese la inminencia de una revelación que no se produce. El conjunto de estas fotografías puede llevar a ese borde pero, en este caso, el impulso de retroceder es fuerte. Como si intuyera que detrás de la inminencia se abre, real, un agujero negro.

Abelardo Oquendo

Publicado en Inquisiciones, Diario La República. Lima, 17 de agosto de 1996